

# El Caballero Carmelo

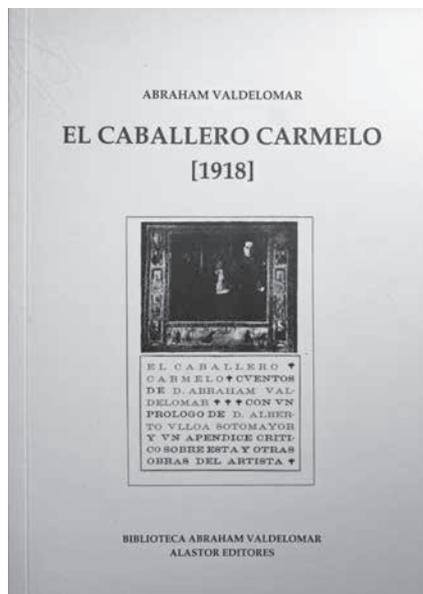
JIM ALEXANDER ANCHANTE

Más allá de su incursión en géneros como la poesía, el teatro, la novela y el ensayo, Abraham Valdelomar (Ica, 1888 – Ayacucho, 1919) fue básicamente un cuentista y, a decir de los especialistas, nuestro primer gran cuentista moderno. Escribió una interesante heterogeneidad de relatos que han perdurado en el tiempo y que lo han catapultado no solo como el iniciador de la narrativa moderna en el Perú, sino como el dueño de una particular maestría en la composición de relatos cortos a través de un lenguaje que no obvia las pinceladas poéticas.

Debido a ello, es motivo de gran alegría la publicación facsimilar de su libro capital: *El Caballero Carmelo* [1918], que reúne sus mejores cuentos a partir de una cuidadosa selección suya un año antes de su fatídica desaparición. Este dato es importante, pues no es lo mismo una edición elaborada póstumamente que una realizada por el propio autor y, en especial, por uno como él que estaba tan obsesionado por alcanzar el ideal. Dicha obsesión fue compartida por sus antecesores parnasianos y modernistas como Rubén Darío. De esta manera, Valdelomar acoge la influencia del modernismo hispanoamericano en sus primeros textos. Luego se aleja de esta corriente, motivo por el cual forma parte del proceso de transición conocido como Posmodernismo.

Las peripecias de este libro son narradas por Ricardo Silva Santisteban, quien dirige la edición y escribe el prólogo. En dicha presentación, el poeta y editor expone el proceso de elaboración del libro: Valdelomar incluye cuentos que había escrito desde 1911 hasta 1917. Casi todos ellos fueron publicados anteriormente en revistas y periódicos, algunos incluso más de una vez, como es el caso del cuento que da título al libro. Varios de estos relatos fueron corregidos; incluso en algunos cambió el título. En todo caso, a partir de esta breve revisión, queda claro que Valdelomar tuvo un extremo cuidado en la composición del mismo.

Otro detalle fundamental es que estos cuentos fueron agrupados por su temática. Valdelomar los coloca sin realizar una mayor separación de los mismos; sin embargo, varios de ellos están subtítulados y han servido a los especialistas para establecer una explícita clasificación. Así, tenemos los llamados cuentos «criollos» («El Caballero



## El Caballero Carmelo [1918]

Abraham Valdelomar

Edición de Ricardo Silva Santisteban y Julio Isla Jiménez  
Biblioteca Abraham Valdelomar / Alastor Editores  
Lima, 2019  
228 pp.

Carmelo», «El vuelo de los cóndores»); los «yanquis» («Tres senas; dos ases», «El círculo de la muerte»); los «vanguardistas» («El beso de Evans»); los «chinos» («Los chin-fau-ton», «Whong Fau Sang»); los «incaicos» («Chaymanta huayñuy»); los fantásticos («Finis desolatrix veritae») e incluso aquellos que combinan lo criollo con lo fantástico («Los ojos de Judas»). En total, el libro reúne dieciséis cuentos que evidencian lo más representativo de la narrativa valdelomariana.

La pomposidad del llamado también «Conde de Lemos» se evidencia, por ejemplo, en la dedicación en latín a personalidades de su tiempo como el defenestrado presidente Guillermo Billinghurst —a quien Valdelomar apoyó durante su candidatura y gobierno—, así como en el extenso listado de amigos y escritores a quienes dedica individualmente los cuentos. Abraham Valdelomar fue sin duda un personaje que no podía pasar desapercibido en su época. A ello hay que añadir el conjunto de epígrafes que abren su libro. De ellos, no podemos dejar de citar el que toma de la *Biblia* en el que se refiere a su homónimo del Antiguo

Testamento para vanagloria suya: «Después de estas cosas fue la palabra de Jehová a Abraham, en visión, diciendo: no temas, Abraham. Yo soy tu escudo y tu galardón sobremanera grande». Epígrafe que evidencia de una manera bastante clara el desmedido egocentrismo del autor que le valió tantos elogios como odios en su vida personal y política, así como en su carrera literaria.

Mucho se ha escrito e investigado sobre la calidad de su estilo, así como del nivel desigual de sus relatos. No es nuestra intención confrontar dichas investigaciones, sin embargo, podemos concordar con algunas de ellas al señalar la supremacía de los cuentos criollos por encima de los demás: la mezcla de sencillez, ternura y nostalgia que teje a través de historias evocadoras en su entrañable escenario marino del pueblo de Pisco. A estos podemos sumar sus cuentos yanquis que, si bien configuran una visión algo estereotipada del materialismo estadounidense, construyen tramas cargadas de dramatismo dentro de una sociedad en que el éxito económico lo es todo. Otros, en fin, son de menor valía y están más cercanos al exotismo modernista del que no se desprendió del todo en este volumen, como sus alegóricamente politizados cuentos chinos y sus cuentos incaicos. Quizá hubiera sido interesante la inclusión de «El alfarero», uno de sus cuentos más conocidos, pero fue la decisión del autor no hacerlo. Cierra el libro un conjunto de comentarios sobre la obra de Valdelomar, realizados por escritores y periodistas de su tiempo, en especial del Perú y algunos otros del Ecuador.

Esta edición facsimilar es un merecido homenaje a un autor clave de nuestra literatura, en especial del género narrativo. Dicho libro marca un hito dentro del proceso de la narrativa peruana: una función parecida a la que cumplió José María Eguren para la poesía con la publicación de *Simbólicas* en 1911.

Para el público en general quizá sea más adecuada la lectura de alguna antología o edición moderna de Valdelomar, depurada de grafías arcaicas y de errores ortográficos. Sin embargo, esta será de mucha utilidad para el especialista que tendrá en sus manos la «versión príncipe», a partir de la cual podemos seguir desentrañando la magia de un autor del que aún hay mucho por decir.